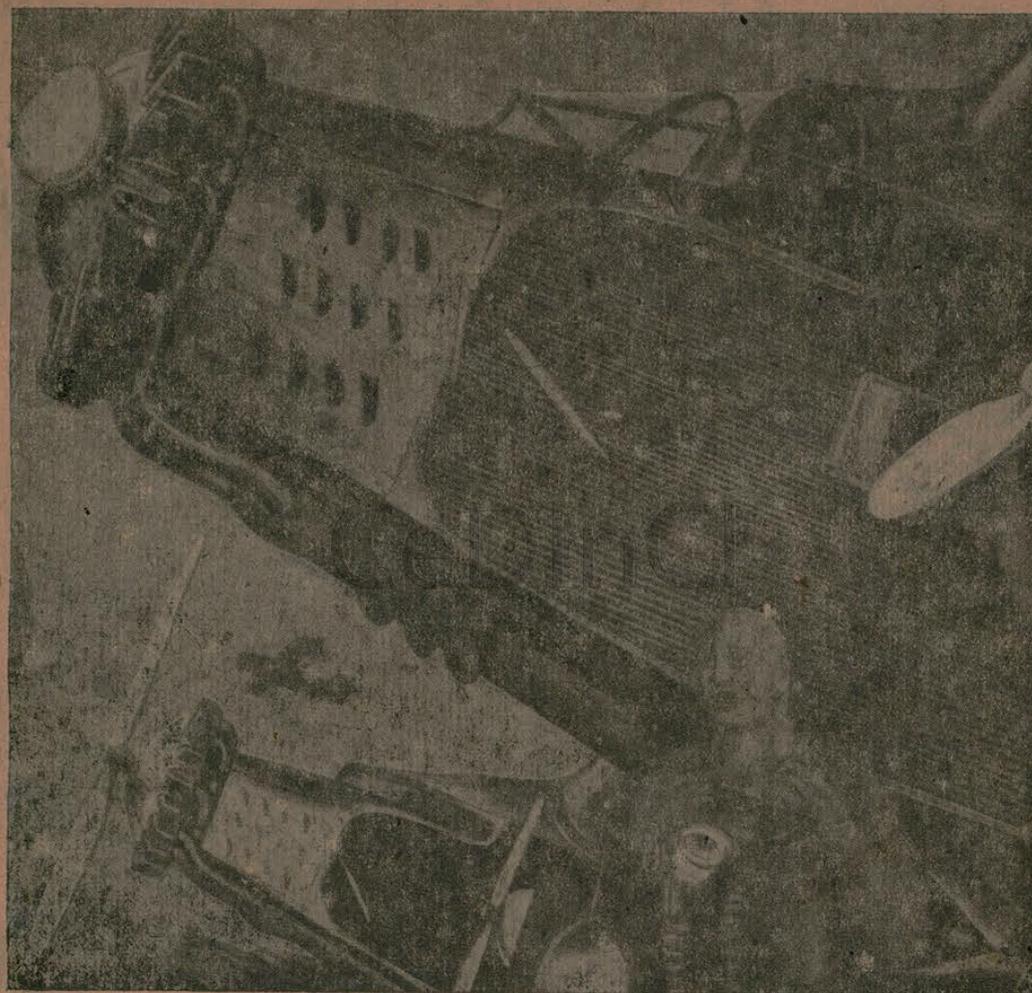


Rumbo



COLABORACIONES

Nº 11

Dirección: Rumbo, Ideario. — Juan M. Prieto: Poemas Proletarios. — Nicolás Olivari: Se muere el teatro? — A. I. A. P. E.: Protesta. — César Tiempo: ¿Por qué se encuentra en libertad el director de la Biblioteca Nacional? — Nydia Lamarque: Banderas y cruces en Saint Clored. — Margarita del Campo: Impulso. — Liberio Justo: Cruzada contra la tuberculosis. — Homenaje a Facio Hebequer. — Emilio Novas: Notas para la reivindicación de G. Facio Hebequer. — Jorge Golayo: Facio Hebequer. — Ramón Doll y Vicente Barbieri: Encuesta sobre arte proletario. — Agrupación de Jóvenes Escritores. — Henry Barbusse ha muerto..

110

CTVS.



Rumbo

Dirige: ALVARO YUNQE

Redacción y
Administración:
GÜEMES 4744
U. T. 71, 3783
Buenos Aires

Año I

Buenos Aires, Septiembre 1935

N° 1

A los Escritores:

Los tirajes de Publicaciones Atlas serán controlados por la Sociedad Argentina de Escritores (S. A. D. E.)

Rumbo

RUMBO es una publicación artística.

Pero es una publicación artística de este siglo y de este año. Y el arte, hoy, no se entiende como antes de la guerra mundial: 1914 trastocó muchos conceptos. La lucha social se ha agudizado y polariza con violencia a los hombres. El artista puro, tipo principios del siglo XX, ya no existe. En los que así se proclaman basta rozar el brillante barniz para que aparezca de inmediato el hombre de partido y de clase. Los que se cruzan de brazos y sonríen, excépticos, no están cruzados de brazos ni sonríen. Luchan. Porque es una manera de luchar servir de cariatide a lo ya establecido y sonreír con desprecio a la masa que en su dolor trae fermentos de futuro.

Para estos hombres que se abroquelan en su pureza artística y rehuyen el contacto multitudinario, el arte que se llama social, o tendencioso, o de izquierda, o revolucionario, o proletario, o humanizado, por venir "contaminado" de ideas; no es arte. Pero ellos no dudarían en afirmar que las construcciones góticas de la Edad Media o el Romancero español, "contaminados" por las ideas de la cristiandad, son arte. ¿Por qué es arte aquel arte ideológico del pasado y no lo es éste de hoy, vertebrado por las ideas de ahora?...

Sin embargo, si aparece un poeta que canta el Plan Quinquenal, por ejemplo, aquellos que aceptan otras manifestaciones de arte ideológico — religioso, civil, guerrero o pacifista — en nombre del Arte, rechazan al nuevo arte. Lo condenan por ser ideológico precisamente, y lo condenan sin reparar en cómo está expresada la ideología que ellos repudian.

Frente al arte revolucionario, los defensores del arte puro olvidan sus teorías y, para negarlo, se expresan como si fuesen adictos del arte ideológico, el arte propaganda.

Se defiende la estática personal con palabras bonitas que, bien analizadas, son todo un programa de conservadorismo y rutina: "Democracia" o "Libertad" en política; "Belleza" o "Eclécticismo" en arte.

Quien tiene rumbo no es ecléctico.

El eclecticismo artístico, bajo apariencia de comprensión y amplitud espiritual, sólo es superficialidad, mariposeo de hombres sin fe.

Y el arte es serio y rudo, porque es trabajo.

Saber adónde se va, o sea, tener rumbo, para los profesionales del estetismo, es ser sectario.

Peró RUMBO tiene rumbo.

Ideario

El Japón da a luz, actualmente, y por millones de ejemplares, novelas en las que se hacen anticipaciones guerreras, describiendo la victoria del Imperio Nipón sobre Estados Unidos o sobre Rusia. Estas novelas se distribuyen a muy bajo precio entre las masas. En Alemania se ha comenzado a fabricar una "literatura heroica" muy semejante.

Sin este descaro, última faz de la ideología burguesa; en todos los países capitalistas hubo siempre una innumerable hueste de "escritores uniformados" cuyo fin era producir un "arte" destinado a entretener a las masas lectoras. Toda esa mezcla sentimental que tan copiosamente produjeron Inglaterra y Norte América por la pluma de miles de Carlota Braeme; no tenía otro fin; El teatro chistoso o truculento, novela policial, con detectives o ladrones "caballeros por héroes; la narración de aventuras más o menos inverosímiles y, aun subiendo a planos mentales más elevados, gran parte de toda esa novelesca psicológica, llena de laberintos; no tiene otro fin que el de apartar a la masa de los problemas vitales que la oprimen.

Y se ha acusado a la U. R. S. S. de haber producido este tipo de literatos con uniforme.

Peró ya no nos acordamos de los que hablan, los que se pronuncian francamente en favor del fascismo; por ejemplo; refirieron a los escritores que callan. La gran mayoría de los literatos burgueses, de los que colaboran en diarios y revistas, se hallan uniformados por el silencio. La libertad burguesa está aderezada en tal forma que opinar les equivaldría a ser inmediatamente desplazados del sitio que ocupan. Si esto no es llevar uniforme...

* *

Las tropas del general Bacter tomaron miles de prisioneros en Oviedo, hombres, mujeres y niños. El general preguntó a Al-

Septiembre 1935.

calá Zamora a quiénes y a cuántos debía fusilar. Zamora consultó con el Santo Padre y, a fin de no cometer un error, resolvieron:

Confiarlos cristianamente a manos de Dios.

El los sabría distinguir.

Los buenos irían al Paraíso, los malos al Infierno.

Y los fusilaron a todos.

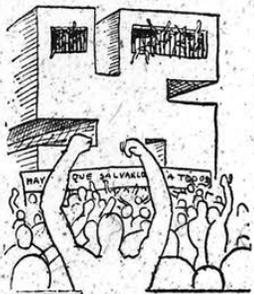
* *

Mannuel Ugarte va a reincorporarse al Partido Socialista. Manuel Ugarte fué el primero que defeccionó al socialismo como expresión de inquietud obrera. Antes que Palacios creara su Partido Socialista Argentino, Ugarte habló de "veneración a la Patria", "respeto a la Religión"... Frases que ocultan la verdadera: Veneración y respeto a la propiedad privada.

En 1913, Ugarte escribía: He venido al socialismo hecho ya, trayéndole mi nombre de escritor, sin pedirle nada en cambio... el socialismo no es para mí la tabla que me sostiene. Puedo flotar con mis propios medios"... Han pasado veintidós años. La vanidad del escritor que fabricaba cuentos pampinos para lectores del boulevard parisino, se ha de haber disipado bastante. Los propios medios con que hoy cuenta este apóstol del pueril hispano-americanismo para seguir flotando en la atención pública, son bien escasos. Material y mentalmente necesita respaldarse. El socialismo parlamentario de la Argentina, no es ya la fuerza revolucionaria de antes de la guerra. El apóstol Ugarte, patriota respetuoso de la propiedad privada y de la "religión católica", por ser la religión de la mayoría de los argentinos"; —son sus palabras— cabe en él.

El socialismo, a su vez, supone que estas desraídas figuras literarias como la de Ugarte, lo decoran...

Ugarte se incorporó "hecho" al Partido Socialista. Salíó de él, vagó y divagó por Europa y América, un poco demagogo, otro poco cónsul, siempre literato. Hoy se reincorpora al Partido Socialista; pero se reincorpora "de hecho".



Poemas

USINA

Andan las máquinas
Como moscones zumban los dínamos
y las poleas suben y bajan
enloquecidas en una danza que nunca acaba.

Manos febriles,
rostros ceñudos, palabras ásperas.
Hombres y aceros que se retuercen
como fundidos en una llama.

Los altos hornos vomitan fuego
y los obreros vomitan rabia.

Vibra en los aires una amenaza.
Los capataces tienen el látigo de la palabra:
—Eah, apurarse!... Los inservibles
marchen a casa!

Jadea la usina como una bestia.
Trepida el piso con los motores.
Soplan las válvulas.
En los pilones soles de acero
muerden el puño que los aplasta.

Gimen las máquinas y los obreros convulsionados.

Ennegrecidos por el trabajo;
no se distingue músculo y hierro,
están soldados.

Sudan aceite negro las bielas
y sudan negro sudor los brazos.

—Eah, apurarse! ¿Ya están cansados?
y la fatiga rompe los pechos
y la herramienta rompe las manos.
Sangran los hombros cargando el peso
de los crisoles.

Andan las máquinas.
Los altos hornos funden aceros
hierva la vida pero no canta.
Falta alegría. No hay alegría
cuando el trabajo fabrica armas.

Están los tornos dándole al odio
forma de bala.

Proletarios

GRITO

Las cuatro hachas de la cruz svástica
están aburridas de las cabezas individuales,
los cuellos de los compañeros no le bastan,
ahora quieren las cabezas de las multitudes
y de las naciones.

El tajo es muy pequeño para ellas.

El homicidio
sueña con un patíbulo más grande,
el Mundo.

Se afilaron en la sangre de los revolucionarios
y en las gargantas de las mujeres.
De las manos de los verdugos
buscan pasar a las manos de los soldados
ciegas de odio.

Las cuatro hachas de la cruz svástica
abren profundos fosos de líneas paralelas.
La herida del 14 todavía está fresca.
¿Irá la carne joven a sepultarse en ellas?

La cruz svástica se ha hecho hélice.
En los aeroplanos y los buques de guerra
gira vertiginosamente,
prueba su fuerza.
Está la intriga
abriéndole camino en las conferencias.

Camisas pardas y camisas negras contra los pacifistas.
Cristo murió en la cruz inútilmente,
sus sicarios andan sueltos predicando la hoguera
y el derecho del fuerte.

Pero las cuatro hachas de la cruz svástica
se mellarán en la pulpa del pensamiento nuevo
y en los cinco picos de una estrella,
compañeros!

El hacha como símbolo y la estrella como símbolo,
el verdugo y la idea,
la razón y la fuerza,
combatirán en la noche más oscura del mundo,
y triunfará la estrella.

* *
"La literatura jamás ha estado tan viva. Jamás se ha escrito e impreso tanto en Francia y en todos los países civilizados.

—¿Por qué se dice entonces que la cultura está en decadencia"? —Párrafo de André Gide en su discurso de apertura del reciente Congreso Internacional de Escritores, en París.

* *
El número de poetas elegíacos de un país está en relación directa con la perversión de sus costumbres.

* *
¿Por qué hubo gauchos en la Argentina?: Para que pudiesen haber folkloristas.

* *
El Alemania, dentro de cinco años, habrá una prosperidad absoluta—afirma Hitler. Les que así no lo crean, para aquella fecha ya habrán muerto—Esto no lo dijo Hitler.

* *
"El gran arte nunca ha sido extemporáneo. Si examinamos a Sófocles, Aristóteles, Dante, Shakespeare, Kleist, Büchner, Shiller, veremos en ellos problemas "actuales", de su época— a los cuales aquellos autores intentaban dar un valor artístico "eterno"...—Ernesto Toller.

* *
Arturo Capdevila, hace en "La Prensa" esta afirmación: "Yo no tengo prejuicios militaristas; ni antimilitaristas". El poeta cordobés logra así ser y no ser al mismo tiempo. Pertenece a la tierra y al agua. Capdevila es un pensador anfíbio.

* *
Hay quienes afirman—existen creyentes para todo—que murió Don Calixto Oyuela, Presidente de la Academia Argentina de Letras, autor de una antología—premiada con 2.000 pesos—y de un texto de preceptiva literaria. Seguramente, el



inventor de la noticia, de esa muerte, ignora que Calixto Oyuela — como Guillermo Tell — nunca existió, que es un mito creado para asustar a los jóvenes que pretenden dedicarse a la literatura.

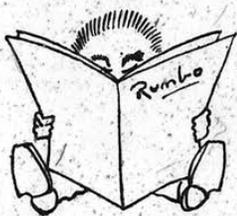
“El Trabajo debe ser el protagonista de nuestros libros” — Máximo Gorki.

Un erudito alemán, el profesor Eduardo Heick, acaba de publicar un extenso estudio demostrando que Alighieri es apellido de origen alemán: Allgero. Al leer esto, Mussolini ordenó a cuatro académicos fascistas que comprobaran cómo Schiller, Kant, Goethe y Nietzsche son apellidos de origen itálico.

Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, ahora nos incumbe a nosotros cambiarlo. — Mark.

Stanley Baldwin, primer ministro inglés, confesó en el Parlamento que él a veces leía alguna novela policial, como “El Misterio de las dos Primas” de la señora Green. Una semana después se habían vendido cien mil ejemplares de dicha novela. Sería conveniente que nuestro primer ministro, Don Leopoldo Melo, declarase públicamente que autores argentinos no lee... Sería una manera para que nuestros buenos escritores vendieran algunos libros.

“Quién no comprenda que en su propio país hay fuerzas capaces de apoderarse del poder, de poner fin a la decadencia capitalista, de curarle todas las plagas provocadas por el capitalismo, quien no comprenda esto y no apoye con todas sus fuerzas la lucha por el socialismo, se colocará al fin de cuentas, al otro lado de la barricada... Oid estas palabras de Liebnicht: “El enemigo está en nuestro propio país y en nuestro propio país se desarrollan las fuerzas que aplastarán a este enemigo” — Carlos Radek.



NICOLAS OLIVARI

Se Muere el Teatro?

El estreno de una obra, intensa y amarga, — “Crepúsculo del Teatro”, de Lenormand, — actualiza un grave problema. ¿El teatro muere? ¿Es que estamos velando su cadáver? De la obra de Lenormand, poderosa y rabiosa, surge la evidencia. El teatro muere, desangrado, asfixiado, atacado por todas partes. Lo ataca el director, lo hiere el actor, lo asfixia el público. Su agonía es lenta pero insistente. Hasta su muerte definitiva no parará ese boquear constante de la escena, en casi todos los países del mundo.

Se muere el teatro porque el público prefiere el cinematógrafo. Esto es evidente. El cinematógrafo presenta a los públicos de todas las latitudes el espectáculo del momento. En el cine uno se olvida de la realidad circundante y sueña. Las mujeres son hermosas, elegantes, finas, suaves, dignas de ser amadas. En el teatro son viejas, gordas, antipáticas, gritonas, mal vestidas. Los hombres en el cine son naturales, vivos, sencillos y víriles. En el teatro son todo lo contrario. El cine toma argumentos de todas partes. De las mejores obras de la literatura universal y de las crónicas de policía y de tribunales. Vida en fin. El teatro se duerme en la repetición constante de temas manidos y escenas aburridas. Nuestro teatro, por ejemplo, es imposible. ¿Cómo creer en Gómez y en los autores que lo proveen de obras? ¿Qué antecedentes literarios tienen nuestros autores? ¿Cuándo han escrito un libro de valor, han hecho algo que mereciera la pena de leerse? Son mercaderes del teatro — al que no aman sino por el dinero que puede producirles. Y un escritor nunca piensa en el dinero que puede producirle una obra cuando la escribe. Nos referimos a un escritor de verdad, a un artista. A un Lenormand, en este caso, que ha hecho la vivisección de ese cadáver que es el teatro, con poderosa poesía, con elevado estilo, con belleza y grandeza. Posiblemente ese teatro, el de Lenormand, el de O'Neill, no morirá nunca. Lo salva el divino aliento de poesía que los autores ponen en cada escena. Porque el

autor teatral debe ser ante todo poeta. Y nuestros autores teatrales pueden serlo todo menos poetas. Porque son profesionales del teatro y escriben teatro con la indiferencia standartizada con que harían zapatos o defenderían pleitos. No, el arte no es un oficio. El arte es arte sea cual fuere su manifestación.

En nuestro país hay grandes poetas poco menos que desconocidos del público. Ellos pueden escribir para el teatro obras dignas y hermosas. Pero se lo impide una circunstancia vergonzosa. El teatro nacional está copado por los mercaderes. No se puede escribir para el teatro en nuestro país con dignidad de arte. Imposible hacerlo. Los directores artísticos no leen las obras de los poetas. Y si las leen dicen: Carece de técnica.

¿A qué llaman ellos técnica? A los actos reglamentarios, con su titiguillo, su escena central y su final feliz. A sus entradas y salidas de escena controladas por un reloj. Y no saben los pobres que los grandes escritores teatrales del mundo jamás supieron una palabra de esa técnica y escribieron de acuerdo a su pensamiento. Lindo hubiera sido que Pirandello sometiera su torturante indagación de lo que oculta el hombre en su alma, a la necesidad de un traspunte, a la comodidad de una actriz, a la domesticidad de un actor.

Nuestros directores artísticos no saben nada de teatro. Lo prueban ensayando desesperadamente obra tras obra en sus carteles soñando en el éxito de las mil noches. Todos lo subordinan al interés material y es así como se mata el teatro. Se dice, es que el teatro es ante todo comercial. Que es absurdo como decir: que la novela es comercial y el poema también lo es. El cine nos demuestra lo contrario. En el cine entran capitales enormes, como se sabe. Es una industria potente y una de las que contribuyen con más dólares al sistema tributario de la Unión. Y sin embargo esos financistas llaman a los mejores directores, a los mejores artistas, realizan los más atrevidos argumentos, dejan en completa libertad de acción a los crea-

Protesta

La Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (A. I. A. P. E.), en presencia de la condena a dos años de prisión dictada contra el escritor y asociado RAUL GONZALEZ TUÑON con motivo de su poema “Las Brigadas de Choque” calificado como acto de “incitación de la rebelión”.

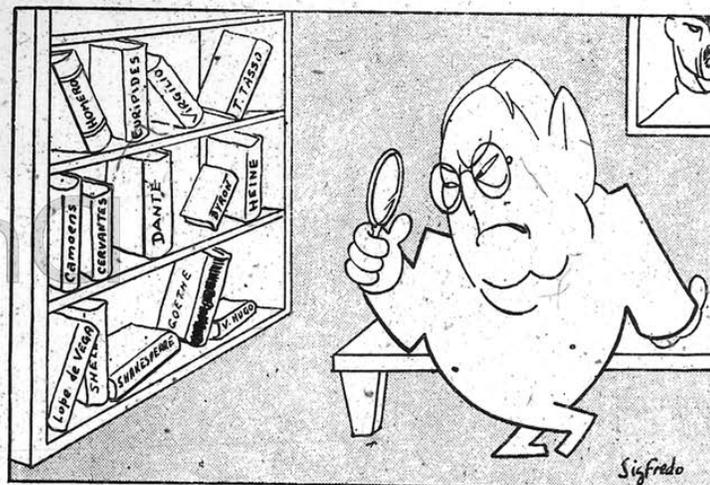
RESUELVE:

- 1º Protestar por la restricción de la libertad de pensamiento que significan “procesos de tendencia” como el presente.
- 2º Hacer llegar a RAUL GONZALEZ TUÑON la expresión de su simpatía y de su solidaridad.

(Aprobada en la sesión del 7 de agosto)

RODOLFO PUIGROS
Secretario

ANIBAL PONCE
Presidente



JANTUS — ¿A cuál de estos podría meter dos años a la sombra?

dores de los films maravillosos de esta segunda época del cine sonoro a que estamos asistiendo. Hacen sí, el film comercial, el film estúpido, pero también producen el film grande, el film bello, el film que lo justifica todo. En cambio en nuestro teatro desde hace diez años por lo menos no se ha podido saludar la aparición de una obra excepcional. Es que no tenemos escritores? Sí, porque en la novela, en el poema han aparecido grandes escritores que admiten gran comparación digna con los mejores escritores europeos del momento.

Crisis del teatro. Sí, saludable es y bien muerto quede el teatro si con el han de morir los sainetes imbéciles, las comedias estúpidas, las piezas sin sangre, sin alma, sin poesía en una palabra. Es neces-

rio limpiar el teatro de sus actuales abastecedores. Dejar que entre gente nueva. Vivificarlo con poesía, con belleza a la que el pueblo nunca es insensible. El pueblo ama instintivamente lo bello. Lo que pasa es que el sentimiento de la belleza en el pueblo está adormecido por largos años, por viejas continuaciones de recitados insulsos. El pueblo va al teatro que le dan. Si se lo dan bueno, mejor. Si se lo dan malo, se resigna, pero lo abandona y prefiere el cine.

Así puede reducirse para nuestro país el problema torturante que la garra de Lenormand presenta en su Crepúsculo del Teatro.

Crepúsculo que anuncia una aurora definitiva. Cuando el teatro, como la literatura en general esté en manos de quienes debe estar.

Se ha constituido en Buenos Aires una Agrupación Femenina Antiguerrera. La A. F. A. debe hacer suya la iniciativa de las “amas de casa” inglesas: No comprar artículos italianos, por ser Italia la nación agresora de Etiopía. A los imperialismos hay que atacarlos en su parte débil.

Antonio Machado, el más gran poeta español de las generaciones pasadas y Rafael Alberti, el más gran poeta de la última generación; se han declarado abiertamente a favor de la causa proletaria: Cuando un nuevo sol se levanta en el horizonte comienza por iluminar las cumbres.

“Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo” — José Martí.

Cuando se introdujo el culto de la papa en Rusia, la Iglesia lo combatió. Su razón más fundamental era ésta: “Que Cristo y los Santos no comían papas”... Sin embargo, Nicolás II, el último de los zares y que, como zar, era también Sumo Pontífice de la Iglesia Ortodoxa; murió de un empacho de papas. Otros aseguran que fué fusilado.

Queda para los aruditos del futuro dilucidar esta leyenda.

“Es solamente en la lucha como la literatura, la gran literatura, nace y se desarrolla” — Carlos Radek.

Del poeta, del creador, del artista, del escritor digno y honrado, con vocación de pobreza y de sacrificio y no en poder de improvisados que entienden que así como se pueden construir automóviles en serie para uso de ricos y medianos, así también se puede escribir teatro para deleite de grandes y pequeños. No. No. Reaccionemos y digamos con valentía cuál es la enfermedad y cuál puede ser el remedio. Volver a la poesía, salvadora del mundo. Dejar al poeta entrada libre bajo las sombras del crepúsculo del teatro. El asirá la aurora y desvanecerá la noche. Porque el poeta, no lo olvidemos, puede crear de la nada. Y desgraciadamente — todos lo saben — nada es nuestro teatro en los actuales momentos.

CESAR TIEMPO

¿Porqué se encuentra en libertad el Director de la Biblioteca Nacional?

Una revista porteña publica en su primera página una declaración de protesta contra la condena de un poeta. La firman los escritores más representativos y calificados del país. ¿Qué ha hecho ese poeta? puede preguntarse la gente. ¿Ha circulado moneda falsa? ¿Es agente de la lotería del Perú inventada en Avellaneda? ¿Ha puesto una bomba de dinamita en el zaguán de un sicofante? ¿Ha exterminado a un prójimo? Es corredor de estupefacientes? ¿Ha intervenido en el debate sobre las carnes? ¿Se ha descatado a las autoridades de la República? ¿Cultiva el floripondio? Nada de eso. En la tierra donde la libertad de pensamiento y de expresión es flor de almáciga, el poeta ha publicado unos versos. Tal vez asomen sobre la caserna del poema las gorgonas libertarias de ese arte social que blande, frente a la multitud, los estandartes de las reivindicaciones ideales. Pero su tónica es agena a toda intención ulterior, fuera del gesto lírico — y hermoso, por el desplante juvenil que implica — de imprimir en una literatura miclaginosa, enérgicos matices de salud y vida. Zola con su mañana de blusas azules, Hugo con sus ardidados arrabales y nuestro Almafuerte, para no ser prolijo, con sus chusmas encendidas y rebeldes, habrían debido desvanecer su recia anilina en un cangrejal de leche, proclive a todas las claudicaciones. "El artista, no solo tiene el derecho, sino la obligación de inscribirse en los motivos que se avengan mejor con su temperamento y elegir los medios que lo expresen con más eficacia. Verdad este tema, prohibirle tal forma de expresión, significa no solo cometer los mismos errores que ilustran la historia de todos los juicios literarios y científicos, — desde Galileo a Baudelaire — sino hacer tabla rasa de la tolerancia que existe y ha existido siempre en los pueblos verdaderamente cultos, para atentar contra las manifestaciones más altas del es-

piritu", expresan los referidos escritores, en su sobria reclamación. Por un poema, en la República Argentina, se comentará mañana en el extranjero, se ha condenado a un poeta a dos años de prisión.

Y se le ha condenado, podrá añadirse, al mismo tiempo que se ha permitido circular en la mayor impunidad, una pseudo novela dividida en dos tomos, tipo "schmutz-literatur", en cuyas páginas se incita al crimen paladinamente. Por otra parte, el poema, motivo de la grave sanción, apareció en una revista casi inédita, cuyos escasos ejemplares circulaban entre solevantada gente joven, como es natural. El libro "pogromista" se exhibe en todas las vidrieras de Buenos Aires, juntamente con una fotografía del estrecho ángulo facial de su autor y una página autógrafo donde se hallan encorizadas las monstruosas afirmaciones que luego él mismo no se ha animado a dejar documentadas en el libraco en toda su crudeza. Ese novelón, además, dice que nuestro país vive en la abyección por obra del sufragio libre y la enseñanza laica. Y desliza imperdonables agravios — imperdonables, por tratarse de un funcionario público — contra la Constitución Nacional. Ahora bien, se preguntan las almas ingenuas ¿cómo es que el señor Fiscal que formuló la acusación contra el poeta leyó la furtiva revista donde apareciera el cálido poema de marras y no vió los dos tomos detonantes que se exhiben en todos los escaparates de librería y cuyos capítulos fue-

ron anticipados o reproducidos en buena cantidad de diarios del país? El señor Fiscal es un espíritu culto — a lo que se ve — que prefiere leer buenas revistas jóvenes y permanecer acorazado de indiferencia ante los engendros de un escritor descalificado desde su lejana iniciación. Nada tiene que ver en su actitud — y sería una infamia presumirlo — la circunstancia de llevar la esposa del autor de los dos tomos pifantes, el mismo apellido del señor Secretario de Estado que tiene a su cargo dos departamentos, uno de los cuales es el encargado de la designación de jueces, fiscales y camaristas y el otro, de proveer el alto cargo público que en el país del "ignominioso sufragio libre" y la "abyecta enseñanza laica"; desempeña el susodicho autor.

Ha ocurrido sencillamente lo que dejamos expuesto: el señor Fiscal es un lector exigente y ha preferido sincronizar su curiosidad al pulso caudaloso de la nueva literatura y denunciar criminalmente a un poeta joven, para que toda la atención del mundo civilizado se detenga sobre su nombre y adquiera la resonancia condigna. Y en cambio, ha sumido en el más afrentoso de los silencios, el nombre del folletinista evangélico, hambriento de popularidad, contribuyendo a que la serpiente de las carátulas y la foto de la facies se marchiten dolorosamente, castigadas por el sol que va borrando sus rasgos, implacable, ante la renovada indiferencia de los peatones.

Claro que resulta irreverente correlacionar al poeta Raúl González Tuñón, y al funcionario público que incita al crimen desde el cantil de un libro intransitable. El poema anda en todas las manos y ha quedado incorporado como un documento vivo al Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación. En tanto los dos tomos perecerán inexorablemente entre las telarañas de los sombríos depósitos, frente a las ratas y los comejones intoxicados con el mor-



Yo digo lo que conviene
y el que en tal gileya se planta,
debe cantar cuando canta
con toda la voz que tiene.

MARTIN FIERRO.

tal nutrimento. Por supuesto que el folletinista no ignoraba el destino que le estaba deparado a su pistraje. Consecuente con el desinterés que anima toda su producción, administrada por él mismo, para evitar filtraciones de editores poco escrupulosos, "sin proponérselo" centró su novelón con un tema de actualidad que estimulase la venta entre los núcleos de gente afectada con el libelo. Además, por reflejo, se tradujeron en sus páginas los odios cavernarios que sustentan la política sadista del tercer Reich. Y he aquí, que a las pocas semanas de publicarse el novelón, según lo registraron las crónicas sociales de los grandes diarios, el señor Ministro de Alemania ofrecía una recepción en su casa al oportunísimo pendolista. Es obvio señalar que en ese "sky party" no se conversó para nada de pedestres asuntos terrenos. Fueron las ánimas infraprusianas las que determinaron, sin duda alguna, la nueva edición del engendro que, a precio de purgante, circulará entre la gente desprevenida, por el mismo canjilón de desague que llevó a los abonados de la Unión Telefónica, editado por la Cámara de Comercio Alemana, el "último" discurso del "metoikos" Hitler, o a los oficiales del ejército argentino los "Protocolos de los Sabios de Sión", que el tribunal de Berna acaba de condenar como literatura inmoral, prohibiéndose su difusión.

De la lucha entre las polillas y el novelón del funcionario público argentino cuyo último libro reedita en el país un organismo extranjero, vamos a hablar más adelante. Ahora señalemos sencillamente esa duplicidad.

Los pobres son la riqueza
del mundo.

BARBUSSE.

NYDIA LAMARQUE

Banderas y Cruces en Saint-Cloud

(Del libro "Muchedumbres", próximo a aparecer)

¡Cómo! — me dijeron los camaradas — ¿te irás sin haber presenciado la fiesta de "l'Humá"? ¡Es imposible, absurdo! Tú debes aplazar tu viaje.

Era el 31 de agosto, y yo debía partir al día siguiente para Barcelona, donde iba a embarcarme de regreso. La jornada anual de "l'Humanité" estaba anunciada para el 2 de septiembre, y mi vapor salía el 5. ¡Poco tiempo, realmente! Pero bien valía la pena. París hervía con el recién realizado frente único de los partidos Comunista y Socialista. Se pronosticaba que la jornada sería extraordinaria, grandiosa. Bien valía la pena.

Y así salimos para el bosque de Saint-Cloud en la mañana fresca, nublada, ya con el olor y el gusto del otoño. Por el camino magnífico, costeábamos el Sena, revestido por la luz matinal de un encanto tierno junto a las monumentales fábricas de cañones. Como todos los otros componentes del pequeño grupo, yo llevaba prendida sobre el pecho la roja estrella de cinco puntas de "l'Humá"; pero, ¿por qué no confesarlo? bajo la insignia ardiente, frente al río pálido y bello, — las dos márgenes arboladas, la onda muele, — mi corazón, apretado de nostalgia, lanzado ya sobre el pavoroso Océano, sólo quería ver un turbio, desolado horizonte, sólo quería murmurar: el Plata, el Plata.

Después del Sena el bosque de Saint-Cloud, hermoso como los bosques de los cuentos, aunque provisto de una policía caminera que nos detuvo por exceso de velocidad. "Servicio sanitario!", decía el camarada médico que guiaba el auto, mostrando la cruz roja del parabrisas. Y cosa extraña, cosa inexplicable para mí, la sonrisa del guarda al dejarnos seguir fué francamente benévola, aunque como no era ciego, había visto con toda claridad las anchas escarapelas que proclamaban nuestra condición de comunistas. Se trataba sin duda, me explicaron, de un simpatizante. Nunca, durante el largo mes que pasé en París, pude acostumbrarme a ver al Parti-

do y a las otras organizaciones revolucionarias en plena actividad legal. ¡Fuerza soberbia de la masa que impone su derecho! Recordaba yo la lucha subterránea de aquí, el terror siniestro que pesa sobre el Partido, la palabra prohibida, la prensa prohibida, la libertad prohibida, la existencia misma prohibida, y entonces el Congreso femenino sesionando a puertas abiertas, y "l'Humanité" con la que polemizan hasta los más encumbrados diarios burgueses y los mitines en cada salón y en cada esquina, y el cinturón rojo de municipalidades comunistas que ciñe a la ciudad, y la sonrisa del guarda en el bosque de Saint-Cloud, se me aparecían como espectáculos inexplicables y maravillosos, de cuya realidad no quedaba convencida hasta pasado el primer momento. Allí mismo, en el camino de Saint-Cloud, nos encontrábamos a cada paso con enormes ómnibus de excursión atestados de gente, y aquellos ómnibus llevaban en el vidrio de atrás la hoz y el martillo, y sobre el radiador, entolquecida por la ráfaga de la carrera, una pequeña bandera roja! Nos saludábamos con el ademán amenazante del frente rojo. Cantábamos la "Internacional". Nos internábamos cada vez más en los senderos intrincados del bosque. Y ya los camaradas del servicio de orden, caracterizados por su rojo brazal, aparecían en todas partes, apostados en los recodos, entre los árboles, junto a la carretera, para indicar el camino, suministrar datos, vender entradas, contestar innumerables preguntas. A nuestro alrededor ahora se veían avanzar también por centenas y centenas los que marchaban a pie, o en motocicleta; ya en grupos familiares o de amigos, ya solos. Esos extraños obreros de París, tan extraordinarios para ojos argentinos, tan típicamente proletarios, con sus trajes inauditos, de cuero, de terciopelo, de lustrina, de formas y telas indescriptibles; con la gorra en la cabeza, con el saco de provisiones a la espalda, sujeto por correas. El saco donde llevan los

alimentos, el botiquín, el abrigo, revueltos al parecer, y sin embargo bien ordenados.

Aquí en la Argentina, en Buenos Aires, en las otras ciudades, el obrero arreglado, "vestido", pierde todo carácter, se convierte casi en un pequeño-burgués. Allí el obrero se mantiene tenazmente obrero, defiende su personalidad de clase irreduciblemente, en cualquiera de sus aspectos. Por eso era, un conjunto de lucha y que muy poco recordaba una fiesta, el que apareció ante nosotros al desembocar el sendero que seguíamos en el calvero inmenso, redondo, imponente salón del bosque. A un costado se agrupaban dándole nombre — el Calvero de los Cuatro Cedros — cuatro árboles gigantescos, hendidos ya en parte y desgajados, agobiados de años, pero dominadores aún como viejos majestuosos.

La multitud afluyó por todos los caminos. Una lluvia desahogada caía tenuemente. ¿Si se iba a malograr? ¡Oh, qué horrible tiempo! Y las altas decoraciones, — estrellas, rayas, retratos, consignas, símbolos, — no me decían nada, permanecían mudas, inertes. La mano gris de la nostalgia, espolvoreaba para mí seres y cosas de impalpable ceniza.

Las camaradas que me habían acompañado me encomendaron, riendo, a otro recién aparecido: "Llévala contigo. Pero ¡mucho cuidado! Los ojos de toda la América del Sur están fijos en tí".

II

Caminábamos. Crecía la muchedumbre. Hombres, mujeres, niños, llevando en el pecho, la mayoría la hoz y el martillo, pero también, muchos, muchos las tres flechas. Cantos aislados resonaban. La esperanza fraternal, luminosa, que centellea en los últimos versos del estribillo de "la Internacional", se mezclaba a los gritos de guerra de la heroína "Carmagnole": ¡Oh, vive le son-vive le son-du canon! Allí arriba entretanto, lentamente, escampaba. Caminábamos. Mi acompañante me guiaba a conciencia según las instrucciones recibidas. Y el abigarrado panorama venía a mi encuentro paso a paso. Ejecutada por la AEAR, la decoración se recostaba en redondo sobre los árboles. Sólo se erguía en el medio la gran torre de "l'Humá", — blanca de lienzo,

roja de consignas —; la torre alta, esquemática, en la que se simulaban altoparlantes poderosos, de tal manera que cuando la dirección del acto observaba algo o daba indicaciones, parecía que aquella voz era la del diario, o acaso la del Partido mismo que aconsejaba y que guiaba. Dentro de ella se exponía, a través de sus principales etapas, la evolución del diario desde sus modestísimos comienzos social-demócratas, hasta su actual potencia comunista. Alrededor, en todos los quioscos, un criterio certero, simple, rectilíneo, de gusto seguro, había combinado colores, volúmenes y contornos, en una proporción que traducía la fuerza consciente y creciente de la masa. ¡Espectáculo de claridad y de violencia serena, fachadas sobre las que el sol triste de aquel fin de verano, parecía revivir, encenderse de revolucionario júbilo! Aquí y allá grandes retratos de Lenin, de Stalin y de Thaelmann, levantaban la cabeza como si estuvieran presidiendo en espíritu la jornada de lucha y de alegría. Y los rostros profundos y austeros de los jefes parecían también, como el sol, animarse y encenderse al contacto poderoso de la multitud.

Uno de los quioscos estaba consagrado a la "Commune". En París, entre el proletariado y más extensamente entre el pueblo parisiense, el recuerdo de aquella primera revolución proletaria, de aquel primer ensayo de dictadura del proletariado que la burguesía ahogó en sangre con ferocidad salvaje, permanece ardiente y vivo como herida enconada que sólo la victoria podrá cicatrizar.

Impulso

Tú el hombre. Yo la mujer.

Caminamos entre la multitud que nos envuelve, agitada como un mar.

En tí, el hombre.

Reaparece el instinto con los ojos puestos en mi corazón y canta vigorosamente en las palabras la voz sin reservas de lo apetecido.

Substrayéndome a tu influjo me siento alejada del instante que vive tu deseo.

Caminamos.

Se identifica mi entusiasmo con el latido del mar humano, y hace pedazos la espera del acontecimiento que sueñas.

Ahora tiene mi corazón un destino más grande: ¡darle impulso a los puños levantados en alto!

MARGARITA DEL CAMPO.

Es una veneración honda, siempre presente, que se manifiesta en cada palabra, en cada acto. Así en el rincón de Saint-Cloud, la oleada humana no se detenía un instante. Y a mí me quedó grabado creo que para siempre, — más como emoción que como recuerdo preciso —, el retrato visto por primera vez de Gustavo Flourens, el héroe ideal, el "communard" perfecto, a quien Jenny Marx llamaba el "valiente entre los valientes", cuando entre gritos de indignación, relataba su asesinato por los gendarmes de Thiers. También estaban allí los recuerdos del mismo Marx y de Engels, tan ligados a la "Commune", cartas, retratos, libros, trozos palpantes de vida que han vencido a la muerte. Y después el quiosco del Comité pro Libertad de Thaelmann y el del Comité Mundial Antifascista, y el del Comité Mundial de Mujeres, y los innumerables quioscos del Socorro Rojo, y de los comités de barrio del Partido, y el de la AEAR, y el del Comité de Vigilancia de los Intelectuales, y tantos más, todas las múltiples facetas de la actividad revolucionaria radiando desde todos los puntos de la circunferencia del calvero.

En ellos se vendían libros, folletos de propaganda, canciones revolucionarias, insignias. Unas primorosas cabezas de Lenin, tan bien hechas que el parecido era absoluto, valían un franco. También había estrellas soviéticas, y diversos moldes de alfileres con la hoz y el martillo; cintas rojas para hacer escarapelas, diarios, revistas, bustos de yeso, postales

El pan no baja del cielo;
sube de la tierra.

BARBUSSE.

revolucionarias, pequeñas banderas, hasta juguetes. Delante de cada quiosco, los más decididos activistas repartían volantes o entablaban conversación con los que se acercaban para explicarles lo que fuera necesario, acompañarlos a donde quisieran ir, acercarlos al Partido si aún estaban lejos de él, y cumplir de tal manera una labor de agitación y propaganda. Otros recorriendo en todas direcciones el calvero, vendían grandes flores purpúreas o las regalaban si el aspecto del comprador o su propia confesión indicaban que sus recursos eran ínfimos. Todos se tuteaban aunque no se conocieran con ese conmovedor y bello tuteo revolucionario que acerca a los hombres, siquiera sea en la cordialidad fraternal de una silaba. Encontrarse allí no significaba obligatoriamente ser comunista: muchos había que no lo eran. Pero obreros, intelectuales, estudiantes, pequeño-burgueses, cuantos hubieran respondido al llamado de "l'Humá", estaban contra la guerra y odiaban el fascismo. Y esto los convertía en camaradas. Así pues, se tuteaban sin conocerse, y se sonreían. Era en realidad un mundo distinto y contrario al que habíamos dejado el que encerraban las frágiles murallas pintadas de los quioscos en el calvero de los Cuatro Cedros.

Alejada de la torre central, casi sobre el límite, la tribuna destacaba sus altas líneas rígidas junto a las pesadas colgaduras del escenario para el teatro nocturno. A la tarde hablarían Marcel Cachin, el director de "l'Humá", y André Marty, el insurrecto del Mar Negro. A la noche, se animaría el vacío del escenario enmarcado de paños bermejos. Por el momento — ya era tarde — la gente almorzaba refugiada entre los árboles, porque el día había abierto del todo y el sol picaba. Una verdadera invasión humana, que llenaba de ecos insólitos, de discusiones, de gritos, de canciones, de llantos de niños, el silencio de los troncos y de las ramas; la alegría burlesca del obrero parisiense, su fácil carcajada, su ingenio enteramente subversivo, por que apunta siempre a todo lo que la burguesía declara sagrado, se ex-

panían libremente. Escenas de familia, un desbordamiento de vida popular como jamás hasta entonces tuviera ocasión de ver, destacaba su ronda inmensa por los senderos innumerables del bosque. Y yo, con el corazón como una piedra, callada — porque significaba un esfuerzo de que en aquel momento no era capaz comprender el francés rápido y elíptico de los camaradas —, comía resignadamente un cucurucho de "papafritas bolchevikis", según rezaba el letrero que tenían donde las compramos.

III

Adelantó la tarde y nuevos contingentes iban a arrojarse como lentos arroyos en el imponente caudal humano que sin cesar se agitaba. Estábamos entonces en el puesto de sanidad, situado sobre una pequeña ondulación del terreno. Distraída, miraba yo cómo atendían a una muchacha que se había recalcado un pie al dar un salto demasiado violento, cuando de pronto sentí que me apretaban el brazo:

— ¡Mira, mira ahora camarada! ¿No hay más de cien mil?

Miré. ¡El calvero resplandecía! La enorme multitud lo llenaba por completo de una vida colectiva, compacta, gobernada por ese oscuro pero evidente ritmo de la masa. ¿Con qué palabras podré yo comunicar la belleza aterradora de aquella muchedumbre sacudida de músicas amenazantes, coronada de banderas, cercada por la sombría muralla verde? Y como la lágrima que cae en el Océano, me sentí bruscamente absorbida, borrada, devorada. El entusiasmo me abrasó de golpe. Ardía temblando desde los pies hasta la punta de los cabellos, mientras con los ojos dilatados trataba de fijar en la placa estremecida de mi alma, la visión prodigiosa. "L'International, será le genre humain", se oía muy cerca entonado con transporte por un grupo macizo, y de lejos, mezclado con otras cadencias trunco por la distancia, llegaba el eco amortiguado del himno de la Federación Juvenil Comunista: "C'est la jeune garde — qui descend — sur le pavé"!

De vez en cuando se formaban dentro del hirviente mar humano, corrientes ordenadas que avanzaban con cadencia perfecta. Eran organizaciones que desfilaron formadas, para ocupar otro lugar o

simplemente para combinar el canto con la marcha. Entonces las banderas erguidas a su cabeza, parecían adelantar solas, vivientes, como seres que flotaran sobre las filas de la multitud. Se juntaban como deliberando, y luego se separaban, partían, hendían la masa, seguidas por un largo cortejo. ¡Banderas, banderas! Algunas eran escarlata, del color de la sangre recién vertida, otras bermejas como los labios de los niños, y purpúreas, y del tinte de la llama. El sol arrancaba relámpagos agudos a la estrella soviética que remataba las astas, o bien destacaba un segundo, sobre el apiñado fondo de cabezas, la hoz y el martillo bruñidos como espejos en lo alto de algún paño rojo que la mano, nerviosa, acaso fatigada, hacía oscilar brevemente.

A las tres los altoparlantes de la gran torre central de "l'Humá", dieron a la juventud la orden de partir en busca del viejo "communard" Vallette. Dos banderas, seguidas por una doble fila de jóvenes comunistas, emprendieron de nuevo su emocionante viaje. La guardia juvenil del Partido marchaba a honrar al sobreviviente de la vieja guardia revolucionaria. Lo instalaron en el quiosco de la Commune según correspondía; y desde allí el antiguo combatiente del 71 pudo saciar sus ojos contemplando la promesa de la victoria en aquellas ciento veinte mil almas que simbolizaban el ejército internacional de los trabajadores. Cuando me presentaron a él le ofrecí mi saludo en nombre de los comunistas argentinos, y le recordé las palabras de Lenin: "La obra de la Commune vive todavía en cada uno de nosotros". Entonces el anciano, emocionado, me abrazó y me besó en las mejillas como un abuelo, mientras me pedía que hiciera llegar al Partido argentino su salu-

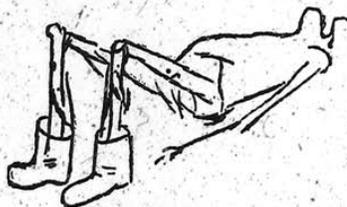


do de camarada. Alrededor del quiosco un grito se alzaba casi ininterrumpido: ¡Viva la Commune!

Me interné sola en la masa. Ya no necesitaba compañía. ¿El viaje, el mar, Buenos Aires deseado hasta el dolor? No, nada más que un átomo abrasado como todos los otros, fundido y soldado a la masa ígnea por el fuego de las banderas y de los himnos; sólo una boca encendida de pasión que cantaba también "La Internacional". Pero "La Internacional" venía a mi encuentro, y no en francés como yo la cantaba, sino en el idioma familiar y amado. Era una columna de españoles que cruzaba en buen orden, precedida por ancha bandera de un rojo sombrío, de largos pliegues tempestuosos. Y una sonrisa de fraternidad maravillada, esclarecía las caras de los franceses al escuchar la música tan conocida acompañando, las palabras extranjeras. "C'est partout la même chose, la même toujours", murmuraban.

¿Pero quién podría referir los innumerables episodios? Un pionero de diez años, con apretados rizos de oro en torno a su rostro de belleza angélica, era llevado en andas por una doble fila de muchachas y muchachos. Nadie me supo decir por qué lo hacían. Y sobre los hombros de sus jóvenes camaradas, el niño permanecía extrañamente serio y callado, como convencido de que su hermosura extraordinaria bastaba a conferirle tan insólita soberanía. De vez en cuando cruzaban por encima de nosotros aviones militares, de vigilancia, quizás. Entonces de toda la superficie del calvero los silbidos subían como balas, en persecución del enemigo. Se hubiera dicho que los aviones iban a caer abatidos, atravesados por el tremendo aguijón que partía de más de cien mil gargantas.

Con toda esta formidable agitación de combate, con los silbidos, con los gritos de muera el fascismo y abajo la guerra, con los vivas al Partido, los himnos de ba-



talla, los desfiles, las ceremonias, se mezclaban los juegos, las desordenadas carreras, las risas, esa agitación alegre de hombres y mujeres jóvenes libertados por un momento de la atmósfera sucia, saturada de miseria, de angustia y de fiebre, que pesa sobre las calles de París. En el centro del calvero, ya algo clareado de muchedumbre, los jóvenes tomados de la mano formaban rondas para apresar a las muchachas que caminaban solas o en pequeños grupos. Luego giraban cantando el "Ca ira" en torno de las prisioneras, y éstas tenían que rescatarse con un beso. Aquellos juegos tenían una simplicidad infantil, una paradisíaca inocencia, al aire libre, junto a los grandes árboles, entre los recuerdos de vidas y de hechos tan grandes, tan ardientes y tan puros.

Y cuando a la caída de la tarde los altoparlantes anunciaron el comienzo de los discursos, fué como si una ráfaga furiosa hubiera azotado a la masa y la empujara implacablemente hacia el lugar donde se alzaba la tribuna. Algunas escenas de confusión se produjeron. "L'Humanité", desde el centro del calvero, aconsejaba orden con voz atronadora. Por fin en el silencio penosamente conseguido, la palabra de los oradores se alzó, dominante. Cachin, el viejo militante encanecido en la lucha, y André Marty miembro del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, el glorioso insurrecto del Mar Negro. Largas aclamaciones, gritos de execración, de fuerza y de fe, ovaciones sin fin, hacían temblar las bóvedas sombrías del bosque.

IV

Ya de noche, poderosos reflectores enfocaron el escenario, vestido de colgaduras bermejas. Se realizaría allí como parte final de la jornada, una representación organizada por la AEAR. Miles y miles de espectadores sentados en el suelo, sobre la hierba, formaban frente al coágulo rojo de la escena, densa mancha de sombra. La noche estaba muy fresca, negra, como anegada en las tinieblas amenazantes del bosque. Gritos aislados cortaban apenas el silencio. Y la música rompió de pronto con una especie de lúgubre marcha, que resonaba extraña y temerosamente en el silencio de la multitud, del bosque y de la noche. Allá

lejos, en el escenario, por uno de los extremos, aparecía entretanto lentamente una grande, blanca, pesada cruz. Un grupo de hombres la llevaba con esfuerzo. En aquella cruz se leía una fecha: 1914. Y representaba el número de vidas sacrificadas a las ganancias de los distintos grupos imperialistas durante el primer año de la gran matanza. Pero ya la cruz había atravesado despacio toda la escena, blanquísima bajo el haz brillante de los reflectores, soportada y conducida por su pedestal humano. Ahora bajaba, siempre despacio, despacio, se perdía en la sombra, como se perdieron en las tumbas anónimas los millones de hombres que nunca regresaron. Y otra cruz apareció, más grande, más pesada, soportada por los hombros de un grupo más numeroso también. Los reflectores la destacaron, deslumbradora, sobre las cortinas purpúreas. En ella se leía: 1915. Recordó el mismo camino que la anterior, desapareció, y de tal manera, con la misma solemnidad, con la misma lentitud, representados por cruces cada vez más grandes, soportadas por grupos cada vez más nutridos, desfilaron ante nuestros ojos 1916, 1917, 1918, todos los años del enorme crimen. Era una visión impresionante en aquellas tinieblas, — tinieblas de los árboles, tinieblas de los hombres —, ver surgir como evocadas por el haz mágico del reflector las grandes, lentas cruces y sus torturados portadores, blanco y negro casi espectrales recortados sobre la faz ensangrentada de la escena, más roja aun, al tocar el verde oscuro de las hojas iluminadas por los agudos rayos eléctricos. Y la música, la música, fúnebre encantadora, que hacía pasar bajo la frente todos los pasos de la danza macabra!

Por fin surgió una cruz gigantesca, muchos más grande que todas las otras, llevada en hombros por un grupo diez veces mayor. En la cruz se leía: 1935, la guerra que viene, la que producirá tantas víctimas como hojas caen de los árboles en otoño. Y los altoparlantes, que habían callado, explicaron entonces que solamente la fuerza de las masas, la violencia organizada de las masas trabajadoras, del mundo entero, soldadas en el vasto frente único antiguerrero y antifascista, podría detener la catástrofe ya tan cercana. ¡Oh, el entusiasmo, casi el furor! Fué una interminable, ensordecedora aclama-

LIBORIO JUSTO.

Cruzada contra la Tuberculosis

La verdadera grandeza de Lenin fué el haberse olvidado de sí mismo, realizando su obra sin la ambición burguesa de ser grande. Lo más grotesco en Mussolini no es que haya tratado inútilmente de ser grande, sino que él esté convencido de su propia grandeza.

Aunque parezca mentira, todavía circula por Buenos Aires esa colección de momias espirituales identificadas en el registro civil con los nombres de Enrique Larreta, Leopoldo Lugones, Arturo Capdevila, Manuel Galvez y Gustavo Martínez Zuviría.

El Sr. Ramón Doll publica una nota en una revista dando su aporte a la literatura cursi-sentimental en panegírico del cantante franco-criollo "Carlitos" Gardel. Si algo hacía falta para clasificarlo intelectualmente, él se ha encargado de proporcionarlo.

Hay artistas que posan para el público: los pocos Chambergudos y corbatudos que aún quedan; hay otros artistas que posan para sus colegas: los "epatantes" de originalidad a 0,95; y aún hay otros artistas que posan para la posteridad: Benito Quinquela Martín.

Durante su estadía entre nosotros, Krishnamurti, el fotogénico charlista hindú, resultó un competidor temible e inesperado del conocido charlista local senador Alfredo L. Palacios.

Para poder vivir su vida, Pablo Vanasco, un estudiante de química y ex-legionario, (esto último tal vez debido a la misma clase de educación que recibiera) envenenó a sus padres y a su abuelo, dando lugar a que los bobos se horrorizaran y a que opinaran los pseudo psiquiatras. Pocos llegaron a comprender que la verdadera causa del hecho radicaba

en la actual organización de la sociedad: si la familia no hubiera existido, Pablo Vanasco no hubiera tenido necesidad de pasar por el crimen.

Al suceso del Senado, que fué visto por muchos sectores de izquierda como un capítulo de la acción anti imperialista, hay que darle su verdadero significado: un simple episodio en la lucha entre dos bandos burgueses.

Por el delito de pensar, multitud de compañeros siguen siendo torturados por agentes de la Sección Especial. Mientras muchos de ellos se pudren en las cárceles del país y se condena a un escritor a dos años de prisión por publicar un poema, los burgueses continúan asistiendo rigurosamente a las funciones del Colón.

Después del Congreso Eucarístico, Buenos Aires ha tenido la oportunidad de presenciar otra gran farsa: la paz del Chaco, (la próxima será el Congreso de los R. E. N. Clubs) para firmar la cual se reunió en esta ciudad toda una "troupe" de cacañeros, encabezados por el nuestro, que cree haber conquistado así el premio Nobel de la Paz. (Otro que se suma al "nobelista" Galvez). El acontecimiento desencadenó torrentes de literatura confraternal. Mientras tanto queda subsistente el hecho que provocó el conflicto, el Brasil se arma cambiando productos agrícolas por buques de guerra que no puede comprar, en Chile se exagera el sentimiento antiargentino, y entre nosotros diarios clérico-nacionalistas, como "Crisol", mantienen una furiosa campaña antichilena tomando como tema la pretendida penetración de ese país en la Patagonia. Y aún resuenan en nuestros oídos las loas a América, continente de la Paz.

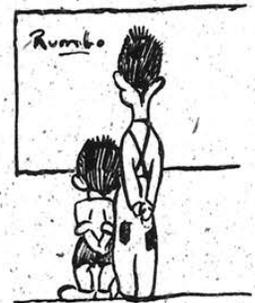
ción de ¡Viva el Frente Único!, la que se propagó como el trueno, la que ardió como súbito incendio. ¡Viva el frente rojo! Todos se habían puesto de pie, el brazo derecho levantado izando el puño cerrado, duro como una maza, listo para el ataque. ¡Viva el frente rojo!

Cuando terminó la obra, — una intencionada sucesión de imágenes mordientes y simbólicas, — la muchedumbre se dispersó lentamente para regresar a París. Se alejaban por grupos cantando "La Internacional", y de pronto todo un sector se adhería al canto, que bruscamente reforzado, subía hasta las pesadas nubes o flameaba en jirones como estandarte deshecho. To-

avía engrosaba o decrecía cuando emprendimos la marcha y los retorcidos troncos empezaron a pasar como fantasmas a uno y otro lado del camino. Los camaradas, risueños, charlaban comentando los incidentes del día. Yo, muda, sentía agitarse aún a mi alrededor las tumultuosas imágenes desaparecidas. Adelantábamos lentamente con los faros encendidos por el sendero angosto del bosque. Al alcanzar unos hombres que marchaban a pie, todavía se oyeron gritos: ¡Viva el frente único! ¡Viva el frente rojo! Y de lejos, perdida en la sombra, una voz contestaba:

"L'Inteeer-nationaaaal

Será-le geeenre-humaaain!"



Homenaje a

Notas para su

Sobre la concreta realidad que dejó comentada el más neto artista plástico proletario con que haya contado el país — Guillermo Facio Hebequer — nosotros afirmamos terminantemente que no fué el tipo de artista malversado por la crítica ventruda y por la ramplona opinión de determinados "amigos de la primera hora", hoy ubicados del otro lado de la estrella...

Y Guillermo Facio Hebequer, sabiendo cada vez con más conciencia qué deseaba y trabajando con tesón por ello, fué introduciéndose hasta la médula en la realidad social que vivimos.

Su obra abrió surcos fecundos en los últimos veinte años, demostrando de manera continuada, progresiva y orgánica — y por primera vez en la Argentina — la función del arte como factor social de avanzada, en relación a la lucha de clases, en una épica anodina en que la plástica se subordinaba a las exigencias del mercado o a la versátil tarea de bautizar fantasmas.

Tiempos estériles y decadentes en que — como él mismo lo denunciaba en uno de sus acerados artículos — la pintura de **van-guardia** se resolvía en muñecos con figura humana y hombres con figura de muñecos, en tanto la lucha social se intensificaba y el mundo se convulsionaba violentamente; en tanto la naturaleza era más viva y palpitante y en los salones de pintura era cada vez más muerta...

Facio — cuya vida, a pesar de extinguida, seguirá siendo una enseñanza de trabajo, honestidad y firmeza — comenzó por la base real más cercana a su vehemente deseo de luchar, llegando gradualmente al convencimiento de que es imposible crear y plasmar una cultura y un arte proletario auténticos, sin conocer a fondo el juego del mecanismo social, en el que una clase oprime y explota a la otra.

Para ésto Facio renunció voluntariamente a todos los halagos y ventajas que otras prácticas podrían ofrecerle. Luchando contra las acechanzas del individualis-

mo — que mina y malogra con frecuencia al artista — inició el trabajo difícil y ardiente de su capacitación ideológica. Estudió la estructura económica de la sociedad capitalista, interpretando — a la clara luz de precisas leyes científicas y sociales — la desigualdad y la injusticia: principio y consecuencia de la explotación del hombre por el hombre. Y de ese campo inmenso, vasto como ninguno para el arte que secunde a la vida, y en el que se descubren palmo a palmo infinitos motivos de emoción, creación, planteamientos, luchas, soluciones; de esas perspectivas extractó la sucesión de sus óleos ayer, de sus grabados y litografías hoy, que componen la ilustración negativa primero, positiva después, de una época dramática expresada con técnica accesible a las multitudes, destino primordial de la obra de arte que cumple una función consciente y útil, como medio moderno para la educación de las masas.

Ansioso de romper con todas las ligaduras individualistas y anárquicas; con todo lo que le llevara a ver la realidad de modo particular y falso; de anular un pasado confuso, estático, romántico; fué para este artista, resuelto a ser un luchador y un trabajador más en la firme construcción del futuro, como si la plástica renaciera para ponerse entera a favor de la mala vida; de la vida difícil, perseguida, acorralada, escarncida de los que nada poseen, haciendo poco a poco de su finalidad y su proyección un eficaz instrumento para contribuir con el arte a la elaboración persistente de una clara conciencia de clase.

Y para sustituir palabras con evidencias atengámonos al trabajo que se desarrolla desde el año 1915 hasta el día mismo de su muerte: este año.

He aquí la prodigiosa marcha ascendente del trabajador que no se detuvo nunca; que jamás tuvo flaquezas; marcha que culmina — creciendo sinfónico — en la serie inconclusa de "Los Himnos", en la que predomina la nota heroica de las banderas desplegadas sobre las cabezas erguidas que ya no

miran para atrás, y las voluntades concitadas hacia un fin común. Planchas en las que clama subjetivamente una voz de orden: "Compañeros de todas partes, de cualquier color, de distinta lengua, de pigmento vario, de no importa qué creencia religiosa... ¡Unámonos! En esta hora grave para la civilización trabajemos pecho a pecho por una gran muralla arrolladora. Pensemos en lo que representa el avance bravío e invencible de un frente de lucha — las manos aferradas al timón de la voluntad, unida la acción —. Trabajemos día y noche en la fundición de un gran movimiento multitudinario y magestuosamente nuevo que se adelanta venciendo cuanto nos oprime. Porque en nuestras manos creadoras — compañeros de todas partes — están todas las palancas del mundo!"

Era en cambio ayer la expresión descarnada del sufrimiento intenso, insoluble, sin salida posible: deprimente, negro. El refugio, la calle, los ocultos y siniestros interiores, el prostíbulo, el dolor innarrable de las madres, los niños sin infancia, la caravana de los desheredados: hambrientos, locos, asqueados, prostitutas, atorrantes,

FACIO HEBEQUER

Este era un hombre sincero

con un lápiz en la mano

y una conciencia que en vano

quiso comprar Don Dinero:

La rebelión del obrero,

la miseria que acongoja,

la injusticia que aherroja,

la protesta del llorar.

¡Cómo los supo cantar

su lápiz de punta roja!

Jorge Galayo.

Facio Hebequer

reivindicación

mendigos... Faltaba el rumbo hacia la victoria. Era un trágico aglutinamiento de miserias, dolores, penurias, rabias, donde no se insinuaba siquiera un leve rayo de sol.

Pero Facio Hebequer supo comprender a tiempo que no se trataba de marchar a la zaga de los acontecimientos sino colocarse al frente, superando la posición sentimental y compasiva del que sólo presencia y se entristece, asumiendo un insignificante papel contemplativo.

Entonces ya no son los vencidos, los destrozados, los que nada esperan; el pasivo detritus arrojado a los más sórdidos rincones. Es ahora una manifestación más confiada y completa. Es hoy la poderosa masa productora de la ciudad y del campo, como clase sin fronteras dueña de su futuro cierto. Es el clamor de los oprimidos elevándose desde abajo, intensificando la conciencia revolucionaria. Su lápiz diestro trabaja con fiebre, paralelamente a los sucesos. El hombre que sufre sólo no le impide enfocar la multitud que sufre colectivamente. Los interrogantes angustiosos de ayer, sin respuesta, se resuelven ahora en afirmaciones coordinadas, lógicas. El artista expresa y explica la realidad. "Hay dos clases en la tierra — dice —. La clase rica y la clase pobre. Una clase, los menos, oprime y explota a la otra: los más. Sobre el dolor y la miseria de los pobres descansa el bienestar y la alegría de los ricos..." Y cada vez más nítidamente vive y se encrespa en sus grabados la masa segura de su magnífico mañana, a través de incontables batallas, sucesivas conquistas y definitivas reivindicaciones, a la que el artista-obrero se entrega fervorosamente, secundando el proceso de emancipación.

El reflejo de la realidad sobre la consciente noción de los hechos que se dan vertiginosamente — focos rojos en todas partes del mundo capitalista — le disipa las



Hebequer. Animó este espectáculo el brio interpretativo de la actriz Yola Grete.

El coro del Maestro Kubic cantó algunas canciones de estirpe netamente proletaria debidas a la pluma de Facio Hebequer que, al margen de su intensa labor plástica, ha dejado obra de escritor y de director teatral.

El pueblo, caldeando el ambiente con su roja y sana emoción, brindó al gran artista desaparecido un homenaje digno de él.

Publicamos uno de los mismos, el del camarada Emilio Novas.

dudas. Y pasó así del dolor particular de los individuos aislados y vencidos a la masa de los trabajadores, como un solo cuerpo, como una sola clase principalmente importante: el proletariado.

Estudia a fondo, minuciosamente, con ardor y contracción, urgentes problemas vitales, desdeñados por otros artistas en nombre de la aristocracia y la pureza del arte. Acude a la economía política: al conocimiento dialéctico de la historia y del arte; al frenesí de los acontecimientos, con el mismo interés y necesidad con que se vale de la explicación oral y escrita, del periodismo, del teatro, de las canciones — éstas en colaboración con el fiel amigo y compañero, el maestro Rodolfo Kubic — para ampliar las posibilidades que le ofrece el trabajo apasionado y fructífero.

Y cuanto más estudia, el hori-

El 25 de Agosto, en la Sala de la Unión Tranviarios, un público numeroso y entusiasta, rindió homenaje a aquel gran artista proletario que se llamó Guillermo Facio Hebequer.

El verbo vibrante de los oradores: Rodolfo Aráoz Alfaro, Elías Castelnuovo, Córdova Iturburu, Alberto Márquez, Celina Munín Iglesias, Emilio Novas, Alfredo Varela; se unió a la nota de color y viril arte que llevó al homenaje el coro dirigido por el Maestro Rodolfo Kubic y a las interpretaciones plásticas que los jóvenes pintores Pastos y Saraco hicieron de "Tu historia, compañero", la magnífica colección de aguas fuertes de Facio

zonte se ensancha y aclara. Ya es lógico que no sean los parias los llamados a ponerle el pecho al futuro, sino la pujante muchedumbre de los trabajadores, en quienes está el porvenir del mundo.

Es la hora decisiva de su carrera en que su concepción — nutrida por el dominio total de la realidad social y la extendida lucha de clases — se reconstruye totalmente. Está en posesión de recursos técnicos sorprendentes. Y toda la síntesis de expresión; la seguridad en la forma; la intención definida hacia la sangre caliente de las cosas, las pone al servicio de su madura conciencia.

Es cuando llega al equilibrio deseado entre la forma y el contenido, por destreza técnica y capacitación ideológica. Sus elementos plásticos adquieren la necesaria flexibilidad para comunicar en línea recta cuanto piensa, siente y

aspira. Forma y contenido están, en consecuencia, dados. Y, asimismo, está asegurada la finalidad y utilidad de la obra de arte; núcleo de calidad, vigor emotivo, claridad, sencillez.

El artista — un obrero de arte — se incorpora en este período más resueltamente a la vida en marcha.

El mismo lo dice: "...cuelgo mis grabados en los clubs, bibliotecas, locales obreros, sindicatos; en la calle, sobre un camión, a las salidas de las fábricas; y organizamos conversaciones sobre arte y realidad; sobre el artista y el medio social. En todas partes destruimos un poco la creencia en el artista como un hombre superior. Y en todas, buceando en la entraña misma de la creación artística, la vinculamos a la ubicación especial de su época".

Tuvimos la fortuna de acompañar un trecho. Declaramos que él nos indicó el camino con el cariño con que se acercaba a la juventud para asimilar de ésta su entusiasmo y proporcionarle en cambio el múltiple e inapreciable acervo de su auténtica experiencia. Cerca de él aprendimos más sobre arte y vida que en cuanto libro había indigestado nuestra ávida y anárquica curiosidad de autodidactos sin disciplina. Como también apreciamos, escuchando a los obreros, la más estimulante y constructiva crítica a que puede aspirar un artista proletario, que haga de su vida — por dentro y por fuera — una cabal y abnegada entrega a la causa de los trabajadores.

Por eso estamos seguros al afirmar que valía más una de aquellas opiniones escritas que reclamábamos en los centros obreros, que densas columnas de la prensa docta, sofista, demagógica, reaccionaria.

Finalmente, pongamos en primer plano la consecuencia que queda después de su muerte, acaecida inesperadamente el 29 de abril de este año — en su propio taller — en lo más álgido de su carrera brillante y digna; carrera magnífica, sin claudicaciones; tesonera a lo largo de todas las encrucijadas que aparecen inevitablemente cuando se elige la senda más larga y penosa para cumplir un valiente rol de dirección en el movimiento artístico, que se conduce revolucionariamente, ligado a los intereses generales de las masas explotadas.

Resulta difícil prever hasta dónde pudo llegar el talento de este gran camarada, cuando con tanto ahínco y dedicación se había entregado a estudiar las leyes del movimiento histórico y las cuestiones relacionadas con su aptitud personal; cuando empleando el método de análisis materialista llegó a esclarecer el movimiento del arte; sus diversas tendencias, su carácter de clase determinado por las condiciones objetivas de una época dada y en relación al movimiento general del desarrollo de la producción capitalista.

Entregarse de modo integral al arte y a la vida; comprender que el arte no es una manifestación puramente intelectual y aislada sino que es una consecuencia de la estructura económica de la sociedad, significó para Guillermo Facio Hebequer — lo mismo que para otros artistas estupefactos de esta hora dinámica — darse al mundo nuevo que avanza cotidianamente. Práctica activa y valerosa en la que no es posible ningún divorcio con la vida y sus renovadas exigencias, que demandan del artista, hoy más que nunca, capacitación y responsabilidad; enveradura y consistencia en los realizables ideales.

El artista — plástico, escritor, poeta — huye del aislamiento y desciende al plano concreto de los días para superarse y servir. En este plano halla todos los estímulos y perspectivas para la creación, junto a los hombres que sufren pero que constituyen el proletariado triunfante.

En el movimiento de los días que estallan en convulsiones y luchas hay material para construir — como fortalezas — obras vibrantes, hermosas, y, sobre todo, favorables al proceso de transformación social. Cuanto más el art-

La tierra se ha abierto en dos:
El burgués a la derecha
¡y a la zurda, obrero, vos!

tista logre evadirse de los siempre menguados límites del mundo interior, particular, ajeno a la existencia general de la masa, irá adquiriendo nuevas aspiraciones concordantes con el tiempo que se vive; irá sintiendo en sí que aumenta la fuerza y la proporción de su conciencia.

Sabemos bien que esta marcha — de norte preciso — no coarta ninguna posibilidad sino que acrecienta el espíritu del artista tornándolo fuerte y aguerrido. Porque nunca hubo tanta fértil emoción, ni tanto dolor que explota en victoria, ni tanta energía unificada en ganar la vida por quienes deben poseerla totalmente.

Y aquí estamos, sobre la ruta de sus deseos, **sustituyendo el luto por el rojo vivo que preside el avance áspero, decidido, creciente, triunfal.** El avance de todos los que se solidarizan — sin distinción de creencias religiosas, particulares, secundarias — contra la amenaza de la reacción; contra el retorno a la más negra barbarie.

Guillermo Facio Hebequer ha muerto, pero estamos nutriéndolos con el pan de su verdad sencilla y poderosa; verdad dialéctica de todos los que vamos resueltamente hacia la hora de la revancha!

Guillermo Facio Hebequer ha muerto. No importa. Que en este momento las almas, las bocas y los puños levanten un heroico y levantado acorde final: ¡Viva Guillermo Facio Hebequer!

Emilio Novas.

ESTO . . .

Esto no lo dijeron los ministros Pinedo y Duhau:

EL GOBIERNO ES COMO UN GATO PUESTO A CUIDAR

EL QUESO CONTRA LOS RATONES.

Lo dijo Voltaire.

ENCUESTA

- 1.) ¿Qué posición debe adoptar el trabajador intelectual frente a la crisis que agita a la sociedad capitalista? ¿Debe participar en ella o permanecer alejado?
- 2.) ¿Si Ud. cree que debe participar en ella, en qué forma puede hacer efectiva esa participación?
- 3.) ¿Cree Ud. en la existencia del llamado "arte puro", o es su opinión que el arte debe ser influenciado por las preocupaciones de la época y participar en sus luchas?
- 4.) ¿Cree Ud. que debe hacerse arte en un momento dramático como el que vivimos?
- 5.) ¿Debe el arte servir de propaganda?
- 6.) ¿Cree Ud. que en nuestra época el trabajador intelectual comunista puede hacer obra constructiva y profunda?

Contestación en bloc a todas las preguntas:

Creo que el intelectual no debe participar activamente en cuestiones y luchas políticas. El intelectual carece de calidades para político; el intelectual es un hombre ególatra, vanidoso, quisquilloso, generalmente resentido, habitualmente huraño. Ahora, esas son horas para la acción. El intelectual, en cualquier régimen, es y no debe ser más que el escriba, el lenguaraz, el alcahuete (es decir, el que intercede, el que arregla y sistematiza el empirismo de los conductores). Ningún intelectual sirve para conductor. En los regímenes monarquistas, era cortesano, adulón (Moliere, Quevedo); en los regímenes republicanos y democráticos de ahora, es el periodista sueltista que interpreta (alcahuete) la opinión pública; en el régimen soviético comunista es el materialista dialéctico que califica de hereje al que se desvíe en un milésimo de la filosofía staliniana y lo entrega a la G. P. U.

El intelectual metido en política da el risible caso de Ricardo Rojas metido en el radicalismo que cuándo quiso ponerse en "director" en una asamblea, se levantó un muchacho de comité y con dos frases y gesto enérgico, lo dejó frito. El intelectual no tiene, ni puede tener envergadura para dirigir, para acadillar masas. En cualquier centro, comité, parroquia, hay diez, veinte, treinta hombres que no son intelectuales y que, sin embargo, con una palabra, con una mirada, son capaces de conducir a la victoria de una causa, un puñado de hombres.

Imagínense Vds. a un Aníbal Ponce conduciendo masas a la revolución. Confiesen que la visión los haría reír a carcajadas. Con cuatro gritos de un sargento el "menenr" perdería los lentes, su calva enrojecería y el espectáculo sería penoso. Y sin embargo Ponce es sin duda un intelectual destacado.

Me llama la atención la sexta pregunta porque se formula con toda claridad, cosa no acostumbrada en el léxico comunista. En efecto, la lexicología comunista dice siempre "proletariado", en vez de "intelectual comunista" y se reserva el puesto de "vanguardia inteligente", para los jóvenes recién egresados de la Facultad que aspiran a comensarios del pueblo. Por primera vez se habla claro. ¡Qué proletariado, ni qué naranjas de la China! Los que mandan en Rusia, son los núcleos dirigentes comunistas, bajo cierta forma de "despotismo ilustra-

do" como se decía en el siglo XVIII. El proletariado, en Rusia como en todas partes, es una masa gris, amorfa, compuesta de individuos heterogéneos que los domingos van a las carreras o al fútbol, beben su medio litro de vino en la taberna y tratan el materialismo dialéctico, la vanguardia conciente, la "negación de la negación", el "marxismo" Hegel y patatín y patatán, esos son temas que solo preocupan a los que como yo y vos lector, no tenemos más remedio que preocuparnos con ellos, porque desde chicos cometimos el disparate de no salir a la campaña, a la vía pública, a respirar el aire y gozar la vida y el cielo azul.

En definitiva respondo — de acuerdo a lo expuesto — que no vale la pena imponer al artista o al intelectual, tales o cuales preceptivas (si debe ser burgués, si debe ser proletario, si debe ser individual, si debe ser social); no vale la pena porque es imponerle disciplinas inútiles, desde que no influyen ni el artista, ni el intelectual sobre las masas. Al político sí, le conviene y más, le debe ser impuesto que calle ésto, que recalque aquéllo. Pero al escritor, no, porque su obra no trasciende más que a ciertos círculos. Un ejemplo: si Alvear mañana se hiciera fascista, todo el mundo se enteraría, se comentaría en todo el país, se producirían hechos importantes. En cambio, de los escritores que cambian de partido, todos se cagan de risa.

Ramón Doll.

De acuerdo a mi condición auténticamente proletaria, creo que:

1) El trabajador intelectual — periodista, poeta, artista — no debe permanecer alejado del momento actual, por la simple razón de que no puede: o con la burguesía culpable de la crisis social del mundo, o con el proletariado internacional. Tal el dilema.

2) Nuestro aporte a la lucha en las filas del proletariado, creo que debe ser, como periodistas y escritores, de tan franca e intensa definición que sea con propiedad la de "trabajadores intelectuales".

3) No creo en el "arte puro", porque el arte que siempre se reveló con relieves de tal, ha sido el único arte honrado: el que tiende a mejorar la vida

del hombre. El arte es siempre útil. El arte debe ser influenciado por las luchas sociales, porque cada sociedad, cada época, da su literatura y su arte. Los horteras y satisfechos se banean oyendo a Puccini o leyendo los versos de Visillac. Pero los horteras y satisfechos están — deben estar — con la burguesía.

4) Todo "arte puro" — donde, se entiende, esta definición a lo que entienden por arte puro los que aun pintan naturalezas muertas y hacen versos a los vitrales de iglesia, como el fascista Anzoátegui — sirve para halagar a la burguesía y desorientar al pueblo. Ya no se justifican los ensimismamientos de ermita.

5) Sí. Siempre fué propaganda el Arte, con mayúscula. Todo libro, toda obra de arte que ha resistido la polilla de los siglos, ha sido siempre un alegato social, una pintura de las costumbres, un breviario de observación. El arte tiende siempre a mejorar al hombre. La burguesía comprendió bien esto, por eso se adueñó del arte, es decir, de la conciencia de los artistas, y durante siglos la ha usado para su propaganda. Por eso creo que nosotros, proletarios del momento más dramático del mundo, debemos estar con nuestro trabajo y con nuestro arte al servicio de la propaganda por la definitiva destrucción del mundo capitalista, por la caída definitiva de los puntales de la sociedad burguesa: arte religioso, arte fascista: "arte puro".

6) El trabajador intelectual comunista debe tener con el resto del proletariado tal contacto, que no haya diferenciación posible. Únicamente así, el trabajador intelectual podrá hacer obra constructiva y profunda.

Vicente Barbieri.

Obrero: Si cree que tiene algo que decir a sus hermanos de clase, colabore en RUMBO.



HENRY BARBUSSE,
ejemplo de obrero intelectual, ha muerto...

BARBUSSE: ¡BIEN!

Agrupación de Jóvenes escritores

Acaba de constituirse la Agrupación de Jóvenes Escritores (A. J. E.), que se propone unir a la juventud con vocación y aptitudes literarias, que aliente el propósito de defender la cultura, a fin de obtener, por medio de estudios y trabajos en común, la superación de todos y cada uno en esta rama del arte, logrando que su producción abandone la sombra de las carpetas y sea expuesta a la opinión por medio de la palabra oral e impresa.

La A. J. E. aparece en momentos en que la barbarie fascista, alentando pretensiones de dominación, no sólo amenaza destruir la cultura, sino que lo hace abiertamente en los países en que ha llegado al poder, como lo demuestra el ejemplo de Alemania; cuando en nombre de un pretendido patriotismo se entregan las riquezas de nuestro suelo al ávido imperialismo extranjero, y se pretende acallar con la bala o la cachiporra la voz de la razón, despojándonos de las libertades democráticas que la Constitución nos ofrece. En estas circunstancias, nosotros, jóvenes escritores, que creemos que en la literatura no debe tener por única función reflejar nuestros estados espirituales; sabiendo que atravesamos una época inquieta, en que innumerables problemas afloran a la realidad, haciéndola cada vez más palpitante; y comprendiendo que el artista nace y se forma en relación con el ambiente que lo rodea, y que por lo tanto tiene, no solamente el derecho, sino el deber de incidir sobre ese medio y transformarlo, comunicándole su aliento creador.

Denunciamos como un delito la actitud indiferente y reiteramos la necesidad impostergable de unirnos en defensa de la cultura, contra aquellos que la consideran un obstáculo para sus inconfesables intereses. Con ese propósito nos dirigimos a la juventud intelectual, ofreciéndole una organización colectiva donde el estudio, el trabajo y la auto-crítica, se resuelvan en múltiples realizaciones.

Agosto, 1935.

Informes y adhesiones: Carlos Pellegrini 62 —
Escritorio 21.

Aficionado al deporte

Adquiera todos
los sábados

Biblioteca
Deportiva

(Cada número la historia
de un Club)

Es una publicación
útil e interesante

64 páginas - 20 centavos

Publicaciones Atlas editará
libros de los más repre-
sentativos escritores de la
Argentina y América

CeDInCI

EN PRENSA

13 años

novela de

Alvaro Yunque

editada por

PUBLICACIONES ATLAS